

amigos de usted han tenido que consultarse y obrar en bien de sus intereses.

—No tiene usted que echarle de menos—exclamó brutalmente Rosa.—después del garotazo que le dió en la cabeza. El barrio respira desde que no está ya aquí. Siempre se temía que prendiera fuego o que saliera a la calle con un cuchillo. Yo escondía todos los cuchillos de la cocina, y la criada del señor Rastoil también... Y la pobre madre de usted, que no vivía... Toda la gente que venía a ver a usted durante su enfermedad, señoras, caballeros, me decían cuando yo les despedía: "Es un gran peso que quitan a Plassans". Cuando un hombre así va y viene en libertad, toda la ciudad vive sobresaltada.

Marta escuchaba este flujo de palabras con los ojos agrandados, horriblemente pálida. Había dejado caer la cuchara; y miraba hacia delante, por la abierta ventana, como si la hubiese aterrorizado alguna visión tras los árboles frutales del jardín.

—¡Las Tullettes, las Tullettes! — tartamudeó escondiendo el rostro entre las temblorosas manos.

Se echaba hacia atrás, y se envaraba ya con un ataque de nervios, cuando el Padre Faujas, que había acabado su potaje, le cogió las manos, y se las estrechó con fuerza, murmurando con su más insinuante acento:

—Sea usted fuerte ante esta prueba que Dios le envía. El concederá a usted consuelos, si no se rebela usted; El sabrá reparar a usted la dicha que merece.

Bajo la presión de las manos del cura, bajo la dulce inflexión de sus palabras, Marta se enderezó, como resucitada, ardiente las mejillas.

—¡Sí, sí!—dijo sollozando.—Necesito mucha felicidad... Prométame usted mucha felicidad...

## XIX

Las elecciones generales debían celebrarse en Octubre. A mediados de Septiembre, monseñor Rousselot partió bruscamente para París, después de una larga entrevista con el Padre Faujas. Hablóse de una enfermedad grave de una de sus hermanas, que vivía en Versalles. Cinco días más tarde, estaba de regreso, y hacía en su gabinete que el Padre Surin le leyese. Arrellanado en un sillón, frioleramente envuelto en un enguatado gabán de seda violeta, aunque la estación era aún muy calurosa, escuchaba con una sonrisa la femenina voz del joven sacerdote, que escandía amorosamente unas estrofas de Anacreonte.

—Bien, bien — murmuraba. — Conoce usted la música de esa hermosa lengua.

Después, mirando el reloj con inquieto rostro, prosiguió:

—¿Ha venido ya el Padre Faujas esta mañana? ¡Ay, hijo mío, qué barullo! Aun tengo en los oídos el abominable estrépito del ferrocarril... En París no ha parado de llover un momento. Tenía yo diligencias en las cuatro puntas de la ciudad y no he visto más que barro.

—¿Está satisfecho monseñor de las resultas de su viaje?—preguntó con familiaridad de un niño mimado.

—Sé lo que quería saber—respondió el obispo recobrando su astuta sonrisa.—Hubiera debido llevármelo a usted. Habría usted aprendido cosas muy útiles para su edad, y más estando destinado al obispado por su nacimiento y sus relaciones.

—Escucho, Monseñor—dijo el curita con aire de súplica.

Pero el prelado volvió la cabeza.

—No, no, esas cosas no se dicen... Sea usted amigo del Padre Faujas, que quizá le ayude mucho algún día.

El Padre Surin juntó las manos con ademán de curiosidad tan zalamera, que monseñor Rousselot continuó:

—Faujas había tenido dificultades en Besancon... Estaba en París, muy pobre... El es quien fué a ofrecerse. Precisamente el ministro buscaba curas adictos al gobierno. He comprendido que Faujas le asustó al pronto, con su aspecto sombrío y su sotana vieja... Aquí lo envié sólo para ver... El ministro se ha mostrado muy amable conmigo.

El obispo terminaba las frases con un ligero movimiento de la mano, buscando las palabras, temiendo decir más de la cuenta. Después, venció el afecto que tenía a su secretario, y añadió vivamente:

En fin, créame usted; sea usted útil al párroco de San Saturnino; ahora va a necesitar a todo el mundo, y me parece hombre que no olvida injurias ni beneficios. Pero no intime usted con él. Acabará mal. Esto es una impresión personal mía.

—¿Acabará mal?—repitió el curita con sorpresa.

—¡Oh! En este momento está en pleno triunfo... Lo que me inquieta es su cara, hijo mío; tiene un gesto horrible. Ese hombre no morirá en su cama... No me comprometa usted; yo no quiero más que vivir tranquilo, ni necesito más que reposo.

El Padre Surin tomaba de nuevo el libro cuando el Padre Faujas se hizo anunciar. Monseñor Rousselot, risueño, con las manos extendidas, salió a su encuentro, llamándole "mi querido párroco".

—Déjanos, hijo mío—dijo a su secretario, que se retiró.

Habló de su viaje. Su hermana estaba mejor; él había podido estrechar la mano a sus antiguos amigos.

—Y ¿ha visto usted al ministro?—preguntó el Padre Faujas mirándole fijamente.

—Sí, he creído deber hacerle una visita—respondió el obispo, sintiéndose colorado.—Me ha hablado muy bien de usted.

—¿De modo que ya no duda usted? ¿Confía en mí?

—En absoluto, querido párroco. Además yo no entiendo de política; le dejo a usted en libertad.

Hablaron toda la mañana. El Padre Faujas obtuvo de él que hiciera una visita a su diócesis. El le acompañaría y le apuntaría las menores palabras. Además, era necesario mandar instrucciones a los párrocos de los municipios más pequeños. Esto no ofrecía dificultades, pues el clero obedecería. La labor más delicada estaba en el mismo Plassans, en el barrio de San Marcos. La nobleza, encastillada en el fondo de sus hoteles, se escapaba en absoluto a la acción del cura; éste no había podido obrar hasta entonces más que sobre los realistas ambiciosos, los Rastoil, los Maffre, los de Bourdeu. El obispo le prometió sondear ciertos

salones del barrio de San Marcos en los que era recibido. Además, aun admitiendo que la nobleza votase en contra, no reuniría sino una minoría ridícula, si la burguesía clerical la abandonaba.

—Ahora—dijo monseñor Rousselot levantándose,—convendría quizá que yo supiese el nombre del candidato de usted, a fin de recomendarle.

El Padre Faujas sonrió.

—Los nombres son peligrosos—respondió.—En ocho días, no quedaría ni un trozo de nuestro candidato si le nombrásemos hoy... El marqués de Lagrifoul se ha hecho imposible. El señor de Bourdeu, que cuenta con salir, es más imposible aún. Les dejaremos que se destruyan uno a otro, y nosotros intervendremos en el último momento... Diga usted sencillamente que una elección puramente política sería muy sensible, que sería preciso, en interés de Plassans, un hombre ajeno a los partidos, que conozca a fondo las necesidades de la ciudad y de su distrito... Dé usted a entender también que ese hombre se ha encontrado, pero no vaya usted más allá.

El obispo sonrió a su vez. Detuvo al cura en el momento en que éste se despedía.

—¿Y el Padre Fénil?—le preguntó bajando la voz. — ¿No teme usted que se atravesase en sus proyectos?

El Padre Faujas se encogió de hombros.

—No ha vuelto a resollar—dijo.

—Precisamente — repuso el prelado, — esa tranquilidad es lo que me inquieta. Conozco a Fénil, que es el cura más rencoroso de mi diócesis. Tal vez ha abandonado la vanidad de vencer a usted en el terreno político; pero esté usted seguro de que se vengará de hombre a hombre... Le debe de espiar a usted desde el fondo de su retiro.

—¡Bah!—dijo el Padre Faujas, mostrando sus

blancos dientes.—No se me tragará vivo, creo yo.

El Padre Surin acababa de entrar. Cuando hubo partido el párroco de San Saturnino, hizo reír mucho a Monseñor, diciendo:

—¿Y si se devoraran uno a otro, como aquellas zorras de que sólo quedaron los rabos?

El período electoral iba a abrirse. Plassans, a la que las cuestiones políticas solían dejar indiferente, tenía un principio de ligera fiebre. Una boca invisible parecía predicar la guerra en las pacíficas calles. El marqués de Lagrifoul, que habitaba en La Palud, gran caserío vecino, había bajado hacía quince días, a casa de uno de sus deudos, el conde de Valqueyras, cuyo hotel ocupaba todo un rincón del barrio de San Marcos. Exhibiase, paseándose por la Carrera Sauvaire, iba a San Saturnino, saludaba a las personas influyentes, sin salir no obstante de su displicencia de gentilhombre. Pero aquellos esfuerzos de amabilidad, que habían bastado la primera vez, no parecían tener un gran éxito. Corrían acusaciones, engrosadas cada día, salidas no se sabía de dónde; el marqués era de una deplorable nulidad; con otro cualquiera, Plassans habría tenido desde hacía tiempo un ramal de ferrocarril que le uniese a la línea de Niza; finalmente, cuando un hijo del país iba a ver al marqués en Plassans, tenía que hacerle tres o cuatro visitas antes de obtener el más pequeño servicio. Sin embargo, aunque la candidatura del marqués estaba muy comprometida por estos reproches, ningún otro candidato se había hecho ver claramente. Se hablaba del señor de Bourdeu, y al mismo tiempo se decía que sería muy difícil reunir mayoría para aquel antiguo prefecto de Luis Felipe, que en ninguna parte tenía agarraderas sólidas. La verdad era que, en Plassans, una influencia desconocida acababa de perturbar por completo

las probabilidades de las diferentes candidaturas, rompiendo la alianza de legitimistas y republicanos. Lo que dominaba era una perplejidad general, una confusión llena de enojos, una necesidad de terminar cuanto antes las elecciones.

—La mayoría está descontenta—repetían los políticos de la Carrera Sauvaire.—Ahora falta saber cómo se fijará.

En esta fiebre de división que pasaba por la ciudad, los republicanos quisieron tener su candidato. Escogieron a un maestro sombrerero, un señor Maurin, buen sujeto muy querido de los obreros. Trouche, en los cafés, por la noche, proponía a un proscrito de Diciembre, un carpintero de las Tulettes, que tenía el buen sentido de rehusar. Hay que advertir que Trouche se presentaba como un republicano de los más ardientes. El se habría puesto al frente—decía,—de no tener entre la clrigalla al hermano de su mujer; con gran pesar se veía obligado a comer el pan de los santurrones, lo que le obligaba a quedarse en la sombra. Fué uno de los primeros en divulgar atrocidades del marqués de Lagrifoul; también aconsejó la ruptura con los legitimistas. Los republicanos, que eran poco numerosos, tenían que ser forzosamente derrotados. Pero el triunfo de Trouche fué el acusar a los de la Subprefectura y a los Rastoil de haber hecho desaparecer al pobre Mouret, con objeto de privar al partido democrático de uno de sus más honorables jefes. La noche en que lanzó esta acusación, en casa de un licorero de la calle Canquoin, las personas que allí se hallaban se miraron con aspecto singular. Los comadrazgos del barrio viejo, enterneciéndose por el “loco que pegaba a su mujer”, ahora que estaba ya encerrado, contaban que el Padre Faujas había querido desembarazarse de un marido molesto. Entonces Trouche,

cada noche, repitió su cuento, dando puñetazos en las mesas de los cafés, con tal convicción, que acabó por imponer una leyenda en la que el señor Péqueur des Saulaies representaba el más extraño papel del mundo. Hubo en las opiniones un cambio absoluto en favor de Mouret. Éste se convirtió en una víctima política, en un hombre cuya influencia se había temido, hasta el punto de encerrarle en el manicomio de las Tullettes.

—Dejadme arreglar mis asuntos—decía Trouche con aire confidencial.—Yo entonces plantaré a esas devotas del diantre, y contaré cosas magníficas sobre su Obra de la Virgen... Una hermosa casa en la que las señoras se dan citas...

Entretanto, el Padre Faujas se multiplicaba; había algún tiempo que siempre se le veía en la calle. Se aderezaba mejor, y se esforzaba por tener en los labios una amable sonrisa. Los párpados, a ratos, se bajaban, apagando la obscura llama de su mirada. A menudo, perdida la paciencia, cansado de aquellas luchas mezquinas de cada día, entraba en su desalhajada habitación con los puños cerrados, deseando algún coloso que ahogar para aliviarse empleando su inútil fuerza. La vieja madame Rougon, a quien continuaba viendo en secreto, era su buen genio; ella le guiaba, tenía su gran cuerpo doblado ante ella en una silla baja, y le repetía que debía agradar, que lo estropearía todo mostrando sus desnudos brazos de luchador. Más tarde, cuando fuera el amo, cogería a Plassans por el cuello y le extrangularía, si esto podía contentarle. No sentía en verdad la menor ternura para Plassans, contra el cual tenía el rencor de cuarenta años de miseria, y a quien hacía reventar de despecho desde el golpe de Estado.

—Soy yo la que llevo sotana—le decía a veces

sonriendo.—Usted tiene modales de gendarme, mi querido párroco.

El cura se mostraba, sobre todo, muy asiduo en la sala de lectura del Círculo de la Juventud. Allí oía con indulgencia a los muchachos hablar de política. Movía la cabeza, y repetía que la honradez bastaba. Su popularidad crecía. Un día había consentido en jugar al billar, mostrándose de notable destreza; en la intimidad, aceptaba cigarrillos. El Círculo seguía en todo sus opiniones. Lo que acabó de caracterizarle como hombre tolerante, fué la manera bondadosísima con que abogó por la recepción de Guillermo Porquier, que había renovado su instancia.

—He visto a ese joven—dijo.—Fué a hacerme confesión general, y ¡caramba! le di la absolución. Para todo pecado, misericordia... Porque haya descolgado unos rótulos en Plassans y haya contraído deudas en París, no le vamos a tratar como leproso...

Cuando Guillermo fué recibido, dijo riendo a los hijos Maffre:

—Bueno, me debéis dos botellas de Champagne... Ya veis que el párroco hace todo lo que yo quiero. Tengo un secreto para hacerle cosquillas en el punto sensible, y entonces, hijitos, se ríe y no me niega nada.

—Pues no parece quererte mucho—observó Alfonso.—Te mira muy atravesado.

—¡Bah! Es que le habré hecho las cosquillas demasiado fuerte... Ya veréis como pronto somos los mejores amigos del mundo.

En efecto, el Padre Faujas pareció coger cariño al hijo del doctor; decía que aquel pobre muchacho necesitaba ser guiado por una mano muy suave. Guillermo, en poco tiempo, se convirtió en el gallito del Círculo; inventó juegos, hizo saber la

receta del ponche con "Kirsch", corrompió a todos los jovencitos salidos del colegio. Sus vicios amables le dieron una influencia enorme. Mientras los órganos roncaban encima de la sala de billar, Guillermo bebía "chops", rodeado de los hijos de todos los personajes de viso de Plassans, y contándoles indecencias que les hacían morir de risa. El Círculo entró así en truhanerías maquinadas en los rincones. Pero el Padre Faujas no oía nada. Guillermo decía que era "una gran cabezota" que meditaba grandes pensamientos.

—El Padre será obispo en cuanto quiera—decía.—Ya ha rechazado una parroquia en París. Desea quedarse en Plassans, pues ha cogido cariño a la ciudad... Yo le elegiría diputado. ¡El sí que nos defendería en la Cámara! Pero no aceptaría; es demasiado modesto... Cuando lleguen las elecciones, podrán consultarle. Ese no hará ningún embuchado.

Luciano Delangre era el hombre grave del Círculo. Mostraba gran deferencia hacia el Padre Faujas, y conquistaba para él al grupo de jóvenes estudiosos. A menudo iba con él al Círculo, hablando vivamente, y callándose en cuanto entraban en la sala común.

El cura, con regularidad, al salir del café establecido en los sótanos de los Mínimos, iba a la Obra de la Virgen. Llegaba a la mitad del recreo, y se mostraba sonriendo en la escalinata del patio. Entonces todas las chiquillas acudían, disputándose sus bolsillos, en los que siempre había estampas de santos, rosarios, medallas benditas. Se había hecho querer por aquellas niñas grandes, dándoles golpecitos en las mejillas y recomendándoles que fueran muy buenas, lo cual ponía solapadas sonrisas en sus descarados rostros. A menudo la religiosas se quejaban a él; las niñas confiadas a su

cuidado eran ingobernables; se pegaban, se arrancaban los pelos, hacían cosas peores aún. El no veía en esto más que pecadillos. En la capilla, sermoneaba a las más turbulentas, que salían sumisas. A veces, se valía como pretexto de alguna falta más grave para mandar llamar a sus padres, que se despedían conmovidos por su bondad. Las pilluelas de la Obra de la Virgen le habían conquistado el corazón de las familias pobres de Plassans. Por la noche, al volver a su casa, contaban cosas extraordinarias referentes al señor párroco. No era raro encontrar a dos de ellas, en los sombríos rincones de los baluartes, a punto de abofetearse para decidir a cuál quería más el señor párroco.

—Esas picaruelas representan muy bien de dos a tres mil votos—pensaba Trouche, mirando, desde la ventana de su despacho, las amabilidades del Padre Faujas.

Se había ofrecido para conquistar a “aquellos corazoncitos”, como llamaba a las muchachas; pero el cura, inquieto por sus relucientes miradas, le había prohibido formalmente que pusiera los pies en el patio. Trouche se contentaba, cuando las religiosas volvían la espalda, con tirar golosinas a los “corazoncitos”, como se tiran migas de pan a los gorriones. Sobre todo, llenaba de anises el delantal de una gran rubia, hija de un curtidor, que, a los trece años, tenía cuerpo de mujer formada.

El día del Padre Faujas no había acabado; en seguida hacía breves visitas a las señoras de la buena sociedad. Madame Rastoil, madame Delangre le recibían entusiasmadas; repetían sus menores dichos, y sacaban de ellos conversación para toda la semana. Pero su gran amiga era madame de Condamin. Esta conservaba una familiaridad sonriente, una superioridad de mujer bonita que

sabe que es omnipotente. Sostenía fragmentos de conversación en voz baja, tenía ojeadas y sonrisas particulares, que denotaban una alianza secreta. Cuando el cura se presentaba en su casa, ella echaba con una mirada a su marido. “El gobierno estaba en consejo”, como decía complacido el conservador de aguas y bosques, montando a caballo con toda filosofía. Era madame Rougon la que había hablado al cura de madame de Condamin.

—Aun no es del todo aceptada—le replicó. Es mujer de gran talento bajo su coquetería aparente. Puede usted confiarse a ella; ella verá en el triunfo de usted una manera de imponerse por completo; le será a usted de la mayor utilidad, si tiene usted que repartir destinos y cruces... Ha conservado en París un buen amigo, que la manda tantos lacitos rojos como le pide.

Manteniase alejada madame Rougon con manobra de suprema habilidad; por ello la hermosa Octavia se había convertido en la más activa aliada del Padre Faujas. Se atrajo a un amigo y a los amigos de sus amigos. Salía a su campaña cada mañana y hacía una propaganda asombrosa, sólo con ayuda de saluditos que repartía con la yema de sus enguantados dedos. Sobre todo obraba sobre los burgueses, decuplicando la influencia femenina, cuya necesidad había comprendido el cura desde sus primeros pasos en la estrecha sociedad de Plassans. Ella fué la que cerró el pico a los Paloque, que se encarnizaban con la casa de los Mouret; arrojó una torta de miel a los dos monstruos.

—¿Conque nos guarda usted rencor, querida señora?—dijo un día a la mujer del juez, con quien se tropezó. —Hace usted muy mal; sus amigos no la olvidan; piensan en usted y le preparan una sorpresa.

—¡Valiente sorpresa será!—exclamó agriamente madame Paloque.—No se burlarán más de nosotros; he procurado quedarme en mi rincón.

Madame de Condamin sonreía.

—¿Qué diría usted—preguntó—si el señor Paloque fuera condecorado?

La del juez se quedó muda. Una ola de sangre le puso el rostro azul, y la dejó espantosa.

—Usted se burla—tartamudeó.—Eso es una nueva intriga contra nosotros... Si no fuera verdad, no la perdonaría a usted nunca.

La hermosa Octavia tuvo que jurarle que no había nada más cierto. El nombramiento era seguro, sólo que no aparecería en el "Monitor" sino después de las elecciones, porque el gobierno no quería que se dijera que compraba los votos de la magistratura. Y dió a entender que el Padre Faujas no era extraño a aquella recompensa tanto tiempo esperada; había hablado de ella con el subprefecto.

—Entonces tenía razón mi marido—dijo asustada madame Paloque.—Hace mucho tiempo que me alborota para que vaya a dar satisfacción al cura... Yo soy testaruda, y antes me habría dejado matar... Pero desde el momento en que el cura quiere dar el primer paso... La verdad es que nosotros no pedimos más que vivir en paz con todo el mundo. Mañana iremos a la subprefectura.

Al día siguiente, los Paloque estuvieron muy humildes. La mujer habló horriblemente mal del Padre Fénil. Con impudor admirable, contó que había ido un día a verle, y que en su presencia había hablado de echar de Plassans "a toda la patulea del Padre Faujas".

—Si usted quiere—dijo al párroco llamándole aparte,—yo le daré una nota dictada por el Gran Vicario. Se trata de usted. Son, según creo, feas

historias que quería hacer imprimir en la "Gaceta de Plassans".

—¿Y cómo tiene usted esa nota?—preguntó el cura.

—Bástele a usted saber que la tengo—respondió sin desconcertarse.

Después, sonriendo:

—La he hallado—dijo.—Y ahora recuerdo que, encima de una tachadura, hay dos o tres palabras de puño y letra del mismo vicario... Yo lo confiaré al honor de usted... Porque nosotros no queremos comprometernos.

Antes de darle la nota, por espacio de tres días fingió sentir escrúpulos. Fué preciso que madame de Condamin le jurara en secreto que la jubilación del señor Rastoil sería pronto pedida, de manera que pronto podría el señor Paloque heredar la presidencia. Entonces, la señora entregó el papel. El Padre Faujas no quiso conservarlo; se lo llevó a madame Rougon, encargándole que hiciese uso de él, sin dejar por ello de mantenerse en la sombra, si el gran vicario pareciera mezclarse lo más mínimo en las elecciones.

Madame de Condamin dejó también entrever al señor Maffre que el emperador pensaba en condecorarle, y prometió formalmente al doctor Porquier que encontraría un destino para el granuja de su hijo. Sobre todo en los jardines, en las reuniones íntimas de la tarde, se mostraba complaciente en grado sumo. El verano estaba próximo a terminarse; madame de Condamin llegaba con trajes ligeritos, tiritando un tanto, y arriesgándose a resfriarse con tal de exhibir sus brazos y de vencer los últimos escrúpulos de la tertulia Rastoil. Bajo la glorieta de los Mouret fué donde se decidió realmente la elección.

—Bueno, señor subprefecto—dijo el Padre Fau-

jas sonriendo, un día en que estaban reunidas las dos tertulias.—Se acerca la gran batalla.

Habían acabado de reirse, en la intimidad, de las luchas políticas. Se estrechaban la mano en la parte trasera de las casas, en los jardines, al paso que se devoraban en las fachadas. Madame de Condamin echó una viva mirada al señor Péqueur des Saulaies, que se inclinó con su corrección acostumbrada, recitando de un solo aliento:

—Yo me quedo en mis tiendas, señor cura. He tenido la fortuna de hacer comprender a Su Exce-lencia que el gobierno debe abstenerse en interés inmediato a Plassans. No habrá candidato oficial.

El señor de Bourdeu se puso pálido. Latieron sus párpados, y sus manos hicieron un movimiento de alegría.

—¡No había candidato oficial!—repitió el señor Rastoil, desconcertado por la inesperada noticia y saliendo de la reserva en que se había mantenido hasta entonces.

—No—repuso el señor Péqueur des Saulaies.—La ciudad tiene bastantes hombres honrados y es lo bastante crecida para escoger por sí misma su representante.

Se había inclinado levemente hacia el señor de Bourdeu, que se levantó balbuceando:

—Sin duda, sin duda.

Entre tanto, el Padre Surin había organizado una partida de "tintín remolín". Las señoritas Rastoil, los hijos de Maffre, Severino, estaban precisamente buscando el pañuelo, el mismo pañuelo del cura, que éste acababa de esconder. Toda la juventud daba vueltas alrededor de las personas graves, en tanto que el cura gritaba con su voz de falsete:

—¡Que se queman! ¡Que se queman!

Angelina fué la que encontró el pañuelo, en el

abierto bolsillo del doctor Porquier, en el que el cura lo había deslizado diestramente. Riéronse mucho, y se consideró como una ingeniosa broma la elección de aquel escondite.

—Ahora tiene probabilidades Bourdeu—dijo el señor Rastoil cogiendo aparte al Padre Faujas.—Es un fastidio. Y no puedo decírselo, pero nosotros no le votaremos; está demasiado comprometido como orleanista.

—¡Mire usted a su hijo Severino!—exclamó madame de Condamin, interrumpiendo la conversación.—¡Qué chiquillo! Ha dejado el pañuelo debajo del sombrero del Padre Baurrette.

Después bajó la voz.

—A propósito, le felicito, señor Rastoil. He recibido una carta de París en que me aseguran haber visto el nombre de su hijo en una lista del guardasellos; creo que será nombrado sustituto de Faverralles.

El presidente se inclinó, con el rostro teñido en sangre. El ministerio no le había perdonado la elección del marqués de Lagrifoul. Desde entonces, por una especie de fatalidad, no había podido ni colocar a su hijo ni casar a sus hijas. No se quejaba, pero tenía fruncimientos de labios que hablaban muchísimo.

—Le decía a usted—dijo para ocultar su emoción,—que de Bourdeu es peligroso; por otro lado, no es de Plassans, no conoce nuestras necesidades. Tanto montaría reelegir al marqués.

—Si el señor de Bourdeu mantiene la candidatura—declaró el Padre Faujas,—los republicanos tendrán una mayoría imponente, lo cual producirá un efecto detestable.

Madame de Condamin sonreía. Pretendió no entender nada de política, y se escapó, en tanto que el cura llevaba al presidente hasta el fondo de

la glorieta, en donde continuó la conversación en voz baja. Cuando volvieron despacito, el señor Rastoil respondía:

—Tiene usted razón; sería un candidato conveniente. No es de ningún partido, y con él se haría la inteligencia... Yo no soy más amigo que usted del imperio, ¿estamos? Pero acaba por ser pueril el enviar a la Cámara diputados que no llevan otro mandato que el de molestar al gobierno. Plassans sufre, y necesita un hombre de negocios, un hijo del país en situación de defender sus intereses.

—¡Que se queman! ¡Que se queman!—gritaba la aflautada voz de Aurelia.

El Padre Surin, que guiaba la cuadrilla, atravesó la glorieta huroneando.

—¡Que se enfrían! Que se enfrían!—repetía la señorita, regocijada por la inutilidad de las pesquisas.

Pero uno de los hijos de Maffre, levantando una maceta, descubrió el pañuelo, doblado en cuatro.

—Esa zanquilarga de Aurelia se lo habría podido meter en la boca—dijo madame Paloque.—Cáberle le cabe, y nadie habría ido a buscarlo.

Su marido la hizo callar con una mirada furiosa. No le toleraba la menor palabra agría. Temiendo que el señor de Condamin hubiese oído, murmuró:

—¡Qué hermosa juventud!

—Querido señor—decía el conservador de aguas y bosques al señor de Bourdeu,—el triunfo de usted es seguro; sólo que debe usted tomar sus precauciones cuando esté en París. Sé de buena tinta que el gobierno está decidido a dar un golpe de fuerza, si la oposición le estorba mucho.

El subprefecto le miró, muy inquieto, preguntándose si el otro se burlaba de él. El señor Péqueur des Saulaies se contentó con sonreír, retor-

ciéndose el mostacho. Después, la conversación volvió a hacerse general, y el señor de Bourdeu creyó observar que todo el mundo le felicitaba por su próximo triunfo con discreción llena de tacto. Gozó de una hora de popularidad exquisita.

—Es sorprendente ver cuánto más pronto maduran las uvas al sol—observó el Padre Bourrette, que no se había movido de su silla, clavando los ojos en el techo de la glorieta.

En el Norte—explicó el doctor Porquier,—no se obtiene a veces la madurez sino quitando las hojas que rodean los racimos.

Entablábase una discusión sobre este punto, cuando Severino dió a su vez el grito de:

—¡Que se queman! ¡Que se queman!

Pero había colgado el pañuelo tan inocentemente detrás de la puerta del jardín, que el Padre Surin lo encontró en seguida. Cuando el curita lo hubo escondido, la partida escudriñó en vano el jardín durante cerca de media hora; tuvieron que darse por vencidos. Entonces el cura lo enseñó en el mismo centro de un arriate, tan artísticamente hecho una pelota, que parecía una piedra blanca. Fué el golpe más bonito de la tarde.

La noticia de que el gobierno renunciaba a patrocinarse un candidato, corrió por la ciudad, en la que produjo gran emoción. Semejante abstención tuvo el lógico resultado de inquietar a los diferentes grupos políticos, que contaban con la división producida por una candidatura oficial para alcanzar victoria. El marqués de Lagrifoul, el señor de Bourdeu, el sombrerero Maurin, parecían tener que repartirse los votos por terceras partes casi iguales; seguramente habría empate, y Dios sabe qué nombre saldría de la segunda votación. En verdad, se hablaba de un cuarto candidato cuyo nombre nadie podía precisar, un hombre de buena voluntad,

que quizá consiguiera poner a todos de acuerdo. Los electores de Plassans, sobrecogidos de miedo desde que se sentían comprometidos, no querían otra cosa que entenderse, escogiendo a uno de sus conciudadanos agradable a todos los partidos.

—El gobierno hace mal en tratarnos como a niños terribles — decían picados los agudos políticos del Círculo del Comercio.—No parece sino que la ciudad es un foco revolucionario. Si la administración hubiese tenido el tacto de patrocinar un candidato posible, todos habríamos votado por él. El subprefecto ha hablado de dar una lección. Pues bien, no la aceptamos. Nosotros sabremos encontrar nuestro candidato, y haremos ver que Plassans es una ciudad de buen sentido y de verdadera libertad.

Y lo buscaban. Pero los nombres indicados por amigos o por interesados no hacían sino aumentar la confusión. En una semana hubo más de veinte candidatos. Madame Rougon, inquieta, no comprendiendo ya, fué a ver al Padre Faujas, furiosa con el subprefecto. Aquel Péqueur era un asno, un belitre, un maniquí para adornar un salón oficial; había dejado derrotar al gobierno, y acababa de comprometerlo con una actitud de indiferencia ridícula.

—Cálmese usted—dijo el cura sonriendo.—Esta vez el señor Péqueur se limita a obedecer. La victoria es segura.

—¡Eh! ¡Si usted no tiene candidato!—exclamó —¿Dónde está el candidato de usted?

Entonces el cura desenvolvió su plan. Ella lo aprobó como mujer de talento, pero acogió con la mayor sorpresa el nombre que le confió el cura.

—¡Cómo!—dijo.—¿A él le ha elegido usted? Nadie ha pensado jamás en él, se lo aseguro.

—Así lo espero—repuso el cura sonriendo de

nuevo.—Necesitábamos un candidato en el que nadie pensara, de modo que todo el mundo pudiera aceptarlo sin creerse comprometido.

Después, con el abandono de un hombre fuerte que se digna explicar su conducta:

—Tengo que dar a usted mil gracias—continuó.—Usted me ha evitado muchas faltas. Yo miraba siempre la meta, y no veía los cordelitos tendidos que hubieran quizá bastado para romperme el alma. ¡A Dios gracias, ha acabado esa guerra pueril; voy a poder moverme con libertad... En cuanto a mi elección, esté usted segura de que es buena. Desde que llegué a Plassans, estoy buscando un hombre, y no he encontrado más que ese. Es dúctil, inteligente, activísimo; ha sabido no indisponerse con nadie aquí, lo que no hace un ambicioso vulgar. No ignoro que usted no es muy amiga suya, y por esto no me he confiado antes a usted. Pero hace usted mal, y ya verá usted lo que hace ese personaje en cuanto se encarrile; morirá senador... Finalmente, lo que me ha decidido es lo que de su historia me han contado. Parece que por tres veces ha vuelto a tomar a su mujer, después de haberla encontrado en flagrante delito, y cada vez ha hecho que el bonachón de su suegro le diera cien mil francos. Si realmente se ha hecho rico de esta suerte, es un "punto" que sería muy útil en París para ciertos trabajos... ¡Oh! ya puede usted buscar. Si le descartamos, sólo imbeciles nos quedan en Plassans.

—Entonces es un regalo que hace usted al gobierno—dijo sonriendo Felicidad.

Se dejó convencer. Y al día siguiente, el nombre de Delangre corrió de un extremo a otro de la ciudad. Los amigos, se decía, a fuerza de insistir, le habían decidido a aceptar la candidatura. La había rehusado mucho tiempo, juzgándose indig-

no, y repitiendo que no era político, y que por el contrario, los señores de Lagrifoul y de Bourdeu tenían gran experiencia en los negocios públicos. Después, como le dijeran que Plassans necesitaba precisamente de un diputado ajeno a los partidos, se había dejado convencer, pero haciendo las más explícitas profesiones de fe. Quedaba bien entendido que no iría a la Cámara ni a vejar ni a apoyar al Gobierno; que únicamente se consideraría representante de los intereses de la ciudad, y que, por otra parte, votaría siendo el alcalde de Plassans, de modo que mostrase bien el papel conciliador y completamente administrativo de que consentía en encargarse. Tales palabras parecieron singularmente prudentes. Los agudos políticos del Círculo del Comercio, repetían a porfía aquella misma noche:

—Ya lo había dicho yo. Delangre es el hombre que necesitamos... Tengo curiosidad por saber lo que responderá el subprefecto, cuando salga de la urna el nombre del alcalde. No se nos acusará de haber votado como colegiales enfadados; tampoco podrán reprocharnos que hayamos caído de hinojos ante el Gobierno. Si el imperio recibiera algunas lecciones así, mejor irían los negocios.

Fué un reguero de pólvora. La mina estaba preparada, y una chispa había bastado. Por todas partes a la vez, en los tres barrios de la ciudad, en cada casa, en cada familia, se oyó el nombre del señor Delangre pronunciado con los mayores elogios. Se convertía en el esperado Mesías, en el salvador ignorado el día antes, revelado por la mañana y adorado por la noche.

En el fondo de las sacristías, en el fondo de los confesonarios, era balluceado el nombre del señor Delangre; retumbaba en el eco de las naves, caía de los púlpitos, se repetía de oído en oído, como

un sacramento, ensanchándose hasta el fondo de las últimas casas devotas. Los curas lo llevaban en los pliegues de las sotanas; El Padre Baurrette le daba la respetable bondad de su vientre; el Padre Surin la gracia de su sonrisa; monseñor Rousset el encanto femenino de su bendición pastoral. Las damas de la buena sociedad no acababan nunca de hablar del señor Delangre; le hallaban un carácter tan hermoso, una figura tan fina, tan espiritual... Madame Rastoil se ruborizaba aún; madame Paloque estaba casi hermosa al entusiasmarse; en cuanto a madame de Condamin, se hubiera batido a abanicazos por él, y le ganaba corazones por su manera de estrechar la mano a los electores que prometían sus votos. Finalmente, el señor Delangre apasionaba al Círculo de la Juventud. Severino le había tomado por héroe, en tanto que los hijos de Maffre y Guillermo iban a conquistarle voluntades a los lugares vitandos de la ciudad. Y hasta las picaruelas de la Obra de la Virgen, en el fondo de las desiertas calles de los baluartes, jugaban con los aprendices curtidores del barrio celebrando los méritos del señor Delangre.

El día del escrutinio, fué aplastante la mayoría. Toda la ciudad era cómplice. El marqués de Lagrifoul, y después el señor de Bourdeu, furibundos ambos, gritaron traición y retiraron sus candidaturas. El señor Delangre, pues, había quedado solo en presencia del sombrerero Maurin. Este obtuvo los votos de mil quinientos republicanos intratables del arrabal. El alcalde tuvo a su lado los campos, la colonia bonapartista, los burgueses clericales de la ciudad nueva, los perezosos comerciantes del barrio viejo y hasta algunos ingenuos realistas del barrio de San Marcos, cuyos habitantes nobles se abstuvieron. Así reunió treinta y tres mil votos. El asunto fué tan bien llevado, y el triunfo obteni-

do con tanta gallardía, que Plassans se quedó sorprendidísimo, la noche de la elección, por haber tenido una voluntad tan unánime. La ciudad creyó que acababa de tener un sueño heroico, que una mano poderosa debía de haber golpeado el suelo para sacar de él aquellos treinta y tres mil electores, aquel ejército ligeramente temible, cuya fuerza nadie hasta entonces había sospechado. Los políticos del Círculo del Comercio se miraban con aire perplejo, como hombres a quienes confunde la victoria.

Por la noche, la tertulia del señor Rastoil se unió a la del señor Péqueur des Saulaies, para regocijarse discretamente en un saloncito de la subprefectura que daba a los jardines. Se tomó el té. El gran triunfo del día acababa de fusionar los dos grupos en uno sólo. Todos los contertulios estaban allí.

—Yo no he hecho oposición sistemática a ningún gobierno—acabó por declarar el señor Rastoil al aceptar los pastelitos que le ofrecía el señor Péqueur des Saulaies.—La magistratura no debe inmiscuirse en las luchas políticas. Llegó hasta confesar de buen grado que el imperio ha realizado ya grandes cosas, y que está llamado a realizarlas más grandes aún, si persiste en la vía de la justicia y de la libertad.

Inclinóse el subprefecto, como si tales elogios fuesen dirigidos a él personalmente. El día antes, el señor Rastoil había leído en el "Monitor" el decreto nombrando a su hijo sustituto de Faveroles. Se hablaba mucho también de un matrimonio concertado entre Luciano Delangre y la mayor de las señoritas Rastoil.

—Sí, es cosa hecha—respondió muy bajo el señor de Condamin a madame Paloque, que acababa de preguntarle acerca de ello.—Ha escogido a Angelina. Creo que él habría preferido a Aurelia.

Pero deben de haberle hecho comprender que no podían, decentemente, casar a la menor antes que a la mayor.

—¿Angelina? ¿Está usted seguro?—murmuró perversamente madame Paloque.—Yo creía que Angelina tenía un parecido...

El conservador de aguas y bosques se llevó un dedo a los labios sonriendo.

—Es una suerte; ¿verdad? Al fin y al cabo...—continuó la fea.—Los lazos entre ambas familias serán más fuertes... Ahora somos amigos... Paloque espera la cruz. A mí me parece todo bien.

El señor Delangre no llegó hasta más tarde. Se le hizo una verdadera ovación. Madame de Condamin, acababa de participar al doctor Porquier que su hijo Guillermo era nombrado oficial principal de correos. Distribuía las buenas noticias; decía que el Padre Bourrette sería gran vicario de Monseñor al siguiente año; daba un obispado al Padre Surin antes de los cuarenta, y anunciaba la cruz para el señor Maffre.

Ese pobre de Bourdeu...—dijo el señor Rastoil con un postrer pesar.

—¡Oh, no hay que compadecerle!—exclamó la joven alegremente.—Yo me encargo de consolarle. La Cámara no era para él. El necesita una prefectura... Dígale usted que acabaremos por encontrarle una prefectura.

Crecieron las risas. El amable humor de la bella Octavia, el cuidado que ponía en contentar a todos, encantaba a la reunión. Realmente, ella hacía los honores de la subprefectura. Ella reinaba. Y ella fué la que, bromeando, dió al señor Delangre los consejos más prácticos acerca del puesto que debía ocupar en el Cuerpo Legislativo. Le llamó aparte y le ofreció presentarle a personajes importantes, lo cual aceptó con gratitud. A las

once, el señor de Condamin habló de que el jardín se iluminase. Pero ella calmó el entusiasmo de aquellos señores, diciendo que no estaría bien, y que no se debía aparentar que se burlaban de la ciudad.

—¿Y el Padre Fénil—preguntó bruscamente al Padre Faujas, llevándolo al hueco de un balcón.—Ahora pienso en él... ¿No ha resollado?

—El Padre Fénil es hombre de talento—respondió el cura con leve sonrisa.—Se le ha hecho comprender que hará muy mal en meterse en política en lo sucesivo.

El Padre Faujas, en medio de aquella triunfante alegría, permanecía grave. Tenía la victoria ruda. La charla de madame de Condamin le fatigaba; la satisfacción de aquellos ambiciosos vulgares le llenaba de desprecio. En pie, apoyado en la chimenea, parecía meditar con la vista perdida a lo lejos. Era el amo, y ya no tenía necesidad de mentir a sus instintos; podía alargar la mano, coger la ciudad, hacerla temblar; aquella alta figura negra llenaba el salón. Poco a poco, los sillones se habían acercado, formando círculo en torno suyo. Los hombres esperaban de él una palabra de satisfacción. Las mujeres le solicitaban con la vista como sumisas esclavas. Pero él, brutalmente, rompiendo el círculo, fué el primero en irse, despidiéndose con una frase breve.

Cuando entró en casa de los Mouret, por el callejón de las Chevillottes y por el jardín, encontró a Marta sola en el comedor, en una silla recostada en la pared, muy pálida, y mirando con vaga pupila la lámpara que se extinguía. Arriba, Trouché recibía, cantando una picardía graciosa, que Olimpia y sus invitados acompañaban dando en los vasos con el mango de los cuchillos.

## XX

El Padre Faujas puso la mano sobre el hombro de Marta.

—¿Qué hace usted aquí? — preguntó. — ¿Por qué no ha ido usted a acostarse?... Le había prohibido que me esperara.

Marta despertó como sobresaltada. Balbuceó:

—Creía que volvería usted más pronto. Me he dormido. Rosa ha debido de hacer té.

Pero el cura, llamando a la cocinera, la riñó porque no había obligado a su ama a acostarse. Le hablaba con tono de mando que no admitía réplica.

—Rosa, dé usted el té al señor párroco — dijo Marta.

—¡No necesito té!—exclamó él incomodándose.

—¡Acuéstese usted en seguida! Es ridículo. Ya no soy dueño de mis actos... Rosa, alúmbreme usted.

La cocinera le acompañó hasta el pie de la escalera.

—El señor cura sabe muy bien que no es culpa mía—dijo.—La señora es muy rara. Con lo enferma que está, no puede permanecer una hora en